

Música, mar y palmeras

Por Moisés Davia

Cuando anochece. Cuando los barcos anclados en el puerto encienden de colores las aguas quietas con la alegría de sus luces movedizas. Cuando la fresca brisa marinera colabora dulcemente en crear un clima paradisíaco, sensual, de tibiezas acariciadoras, como si la madre naturaleza nos amase tocándonos levemente los cuerpos soleados, relajados, ennegrecidos en las largas horas de luz y sol glorioso pasadas en las playas, vecinas nuestras. Es a la hora mágica del crepúsculo, cuando tiene lugar el pequeño milagro (muchas veces repetido), donde se pone de manifiesto la eternidad del arte, del sentimiento, del alma.

Entre palmeras airosas, con un fondo de mares y barcos anclados, la imaginación de un alcalde verdaderamente alicantino, D. Francisco Alberola, construyó un moderno, atrevido y eficaz auditorium para los conciertos de la Banda Municipal de Alicante, en el paseo más bello de España: la Explanada. Su moderna traza sorprende, ya que no abundan precisamente estas construcciones en nuestros tiempos materialistas, y las que quedan, de épocas pasadas, están en su mayoría mudas, muertas y declaradas culpables de "no rentabilidad", lo mismo que lo fueron las agrupaciones que en ellas actuaban.

Centenares, miles de personas de todos los países y de los lugares más dispares, se reúnen en esta hora poética en su torno: suecos y andaluces, alemanes y vascos, alicantinos y sudamericanos, "ye-yes" de largas melenas y minifaldas atrevidas, jubilados de todos los quehaceres, vendedores, ingenieros, artesanos, marineros, sacerdotes, estudiantes. De todas las edades y de todas las opiniones. Público verdaderamente heterogéneo y, por qué no, universal, ocupa los sillones con hasta dos horas antes del concierto en los lugares donde se oye mejor la música y menos el ruido de los coches, motos y camiones.

Unos minutos antes suben los profesores, ocupan sus lugares y alían sus instrumentos. A las ocho en punto sube el director, saluda al público y a los profesores, y comienza el concierto. Todo ha sido normal hasta este momento, si exceptuamos, naturalmente, el asombroso auditorium, la enorme y cosmopolita masa de espectadores, la existencia de esta Banda Municipal y el maravilloso paseo con sus largas palmeras, su mar iluminado, su joven noche y el clima de seda. Todo normal.

Pero desde los primeros compases nos damos cuenta de que ya no es tan normal lo que sucede: el público calla, se concentra y sugestióna como si estuviese en una ceremonia religiosa; se ordena silencio, entre los mismos espectadores, a quien tenga ganas de hablar; los vendedores de caramelos, la vendedora de palmas y los cobradores de las sillas, interrumpen sus negocios y escuchan como todo el mundo; los niños se marcharon con sus juegos; se hace caso omiso del infernal ruido de los motores, aunque éstos rugen, a veces, desesperados; se arranca flores a ciertos conductores que, en un alarde de "civilización", exhiben la potencia de sus claxon y de su inclinada, en la carretera vecina, y mientras, el clima emotivo, artístico y estuagista, va en aumento hasta estar en estradas vacías al final de cada obra. El milagro viejo y eterno del arte se está produciendo aquí, al otro lado, entre palmeras a la orilla del mar.

Cuando pensamos seriamente en implantar, con todas sus consecuencias morales y psicológicas, el terrible y lógico credo materialista; cuando asistimos a la destrucción del arte y la belleza porque "no son rentables", cuando en nuestro país han sido disueltas centenares de Bandas Municipales por su ineficacia como fuentes de riqueza material, dejando mudos y tristes a los pueblos, a las fiestas de los pueblos, el alma de los pueblos, no siendo ya posible aquéello de:

"al ver la banda pasar
cantando coplas de amor..."

observamos que ya no es tan normal el espectáculo que podemos disfrutar en Alicante tres o cuatro días por semana.

Cuando una burocracia fría, aséptica, calculadora y de gran rendimiento laboral ha alcanzado el fin de la gracia, del sentimiento, de la belleza y del arte (por improductivos y perezosos), no deja de sorprendernos que miles de seres humanos se reúnan durante dos horas en torno a la Banda Municipal para oír música.

Cuando en esta misma capital se encuentra una Orquesta Filarmónica caída, cesante, en parte forzosa, después de cuatro años de exilio profesional y más de ochenta conciertos con programas de la máxima responsabilidad, por falta de ayuda económica efectiva, esperando que surja una mano impregnada de amor a la cultura, al arte, o a la patria china, que, al igual que sucedió con el arpa de Bequer, la haga sonar nuevamente, puede sorprender, y sorprende, que se haya respetado la existencia y la actividad, "no rentables", de esta Banda Municipal.

Cuando se oyen opiniones, tan razonables y sensatas, como la de un alto personaje que una vez nos decía:

—No comprendo la afición a la música, no proporciona ninguna ganancia. La caza, por ejemplo, la comprendo más, ya que uno puede llevarse una pieza a su casa. En cambio, la música...

Y efectivamente llevaba razón. Mucha razón. La satisfacción que la música puede proporcionar no es comestible, ni negociable, ni siquiera vale como la más detestable y sucia chatarra, último desperdicio de la materia. El valor de la música es espiritual, alimenta el alma, y sólo los que creemos en el amor, en el corazón y en la belleza, sabemos que "hay razones que no conoce la razón", porque pertenecen a las razones del corazón.

Afortunadamente, queda todavía mucha gente, muchísima (más de la que calculan los economistas sin alma), que tienen la sensibilidad de los hombres que pintaron las cuevas de Altamira —sin ninguna razón material, sin un fin práctico— que recitaron versos en Grecia, que hicieron teatro en Roma, que leyeron libros en cualquier olvidado rincón, o que saben saborear, como los alicantinos en estos atardeceres maravillosos, la magia de la música entre palmeras, a la orilla del mar.